PRÓLOGO

Reformatorio de adultos es una obra en la que la experiencia existencial alcanza ribetes metafísicos. Su trasfondo sociopolítico trasluce la dramática seriedad de la vida humana. La tragedia española es también universal. El poema que sirve de título al libro aclara el sentido último: el hombre se halla siempre en libertad provisional, ya que «Reformatorio para adultos reza / en su dintel la vida». Por todas partes hay celdas antiguas que soñamos derribar. Pero todos somos «Lo mismo que cansados leones», «Pobres protagonistas / de un repetido y trágico argumento». La vida reforma y contrarreforma. Aunque el poeta diga: «Todo está en esta rosa gris. La vida / menudamente canta...» Imágenes trágicas cruzan por el libro. Así, «La ropa en la ventana» le parece al poeta «falsos ahorcados en el aire», con «cuerpos vacilantes y vacíos, / desnudos de nosotros...» Y un hombre anciano llora «torrencialmente» por todos. Acaso el llanto —sueña el poeta— logre crear jardines... Mas la prensa diaria sigue suministrándole tristes testimonios de dolor, y así le da el tema de «Escrito en piel humana»: «Sobre la piel de un hombre ha

sido escrita / la fe de posesión. No hay escritura / que duela más...» La injusticia deja su marca sobre la piel de los humanos. Leopoldo de Luis se duele, sintiéndose «triste parche atirantado / en bastidores de amarillos huesos» donde el vivo llanto redobla. Alguien escribe «sobre la piel desnuda de unos presos...» En el poema «De aquí no se va nadie» no existe la ilusión de escapar a otra vida: todos somos «habitantes sin regreso / de una ciudad sitiada y en acoso», «todo el peso de los siglos nos lastra». Estamos enterrados y sólo somos lodo. Todos somos cómplices de haber matado la esperanza, «convictos y confesos». Y «Nadie puede descansar»: la pareja humana, todos los hombres no son más que puro cansancio. Desesperanzado libro que, aun sabiendo científicamente que la materia no muere transformándose, niega la salvación soñada: «Substancia ciega y triste que seremos, / que somos, que hoy respira y sufre y ama...» De pronto, resurge la fe esperanzada: «Tocaremos la estrella», «rosa de una soñada astropoesía», «materia a un mismo caos ordenada». Pero, al tocarla, sufriremos «otra sombra, otra pena, otro destierro». Y seguiremos destruyéndonos y también regenerándonos, en el amor y en la vida. Aunque el poeta, a veces, se sienta arder al rebelarse contra la extorsión y la zozobra: «Acaso vuela.» La nota esperanzada niega la angustia: «Y una banda de palomas / cruzará de repente la mañana.»

Para Dámaso Santos, «la voz de Leopoldo de Luis es la voz más grave de la posguerra. Como fue grave la del horaciano Fray Luis, la del senequista Quevedo, la del dieciochesco Jovellanos, del romántico Espronceda, la de Antonio Machado en medio del modernismo, la de Miguel Hernández en sus epigonías neoclásicas. Por ello no se molesta en innovar formas, sino que camina tranquilo y artesano... por la rima y la rama tradicionales que

le permiten expresar con holgura su angustia de un tiempo de dolor, su preocupación consabida de lo cotidiano, su esperanza en la solidaridad».

La poesía de Leopoldo de Luis —humana, verdadera, conmovida y conmovedora— nos deja una huella imborrable en el espíritu y en el corazón. Nos ha tocado con su dolor, vertido en versos de clásica sobriedad. Nos ha enseñado su lección de ética profunda, animándonos al trabajo solidario, al amor vinculante, a la seria honestidad. Su metaforismo simbólico arranca del mundo circundante, de los objetos, por no buscar evasiones ficticias. Poesía arraigada en la existencia profunda del hombre y en la temporalidad de lo cotidiano. Poesía tonificante porque su estoicismo la salva de ser negativa: nos ayuda a seguir viviendo seriamente, mas nunca disfrazados de frivolidad ni de obtusos optimismos. Poesía grave, sí, que camina hacia la serenidad por la vía del amor y de la esperanza, por el difícil sendero del esfuerzo.

CONCHA ZARDOYA